

dice á favor de la nobleza, conviene á saber, que es justo premiar en los descendientes la virtud de sus mayores, aunque tiene bello sonido en la teoría, no logra tan buen eco en la práctica. Si sólo la virtud personal se premiase, en una serie de veinte descendientes habria acaso diez ó doce que trabajasen para la gloria. Mas si el primero de esos veinte la gana para todos ellos, sólo se utiliza la república en el primero. Aquel la sirvió, y á los demas sirve ella.

## § IX.

Lo que acabamos de decir no estorba que la nobleza sea preferida para dignidades, puestos y honores, si sólo que estos se les confieran como premio del mérito de sus ascendientes. No me opongo al hecho, sino al motivo. Antes bien soy de sentir, que para ocupaciones honrosas, la misma utilidad pública (este es el motivo que siempre se ha de tener presente, no el de premiar servicios ajenos, que ya están bastantemente compensados) pide que sea preferido el noble al humilde, no sólo en igualdad de virtud (que eso se debe suponer), mas aún cuando el exceso de aquel á este en nacimiento es grande, y el de este á aquel en virtud es corto. Esto por cuatro razones muy considerables.

La primera es evitar la multitud de privilegiados en la república. Si frecuentemente se echa mano de humildes virtuosos y hábiles para los puestos, como de la elevacion de estos resulta la de su posteridad, dentro de uno ó dos siglos se produce una multitud grande de nobles; lo que es extremadamente perjudicial al público, porque á proporcion se minoran los que han de servir á las artes mecánicas y al cultivo de la tierra; minórase tambien la contribucion de los pechos, ó lo que es peor, serán gravados sobre sus fuerzas los que quedan con esa carga.

La segunda, porque en igualdad de puesto es el noble obedecido con más resignacion, prontitud y gusto de los inferiores, que el de humilde extraccion. Esto es de suma importancia en cualquier género de gobierno. ¡Qué turbaciones no ocasiona la repugnancia que los hombres hallan en sufrir la dominacion de aquel á quien ayer vieron con sayal, y hoy ven con púrpura! Unas veces es la obediencia tarda, otras mal ejercitada, otras ninguna. El amor, ó por lo ménos la interior condescendencia de los que sirven al que manda, es extremadamente necesaria para toda especie de negocios. Muchos bellos proyectos se han desvanecido, porque los instrumentos destinados á la ejecucion de los medios, impelidos de oculta ojeriza al superior, deseaban que no tuviesen efecto. A la intolerancia de los súbditos se sigue en el que manda

aborrecimiento respecto de ellos; y en llegando á mirarse estos y aquel recíprocamente como enemigos, no hay desórden ni riesgo que no deba considerarse cercano.

La tercera, porque es mucho más de temer que sea virtud fingida la del humilde que la del noble. El vicio de la hipocresía casi está adjudicado á la estrecha fortuna. Los pobres están precisados á ocultar sus defectos morales, y el recurso trivial que tienen para mejorar de suerte es simular virtudes. Por el contrario, la opulencia y nacimiento ilustre, naturalmente dan desahogo al espíritu. Los nobles comunmente parecen lo que son, porque ni la necesidad ni el temor los precisa á ostentar la virtud que no tienen.

La cuarta y última, porque aún dado por cierto que sea virtud verdadera la del humilde, se debe temer que en su exaltacion la pierda. Son peligrosos todos los saltos grandes de fortuna. Malos son los de arriba abajo, porque despedazan la honra y la hacienda; pero peores los de abajo arriba, porque comunmente destruyen el alma. Todo hombre virtuoso, para ser levantado del polvo á la dignidad, habia de dar señales de su perseverancia. Trasládase el alma á otro clima muy diferente y muy enfermizo para las costumbres. Muchos tienen en su temperamento sepultadas las semillas de varios vicios, de modo que se esconden á sus propios ojos, hasta que las hace crecer y brotar la oportunidad de las ocasiones. En raro hombre de baja esfera se nota que sea cruel y soberbio; en raro pobre el que sea avaro. Aquel, bien lejos de ejercitarlos, ni aún siquiera piensa en unos vicios para quienes no tiene materia. Este, ¿cómo ha de poner la mira en lo supérfluo entre tanto que le falta parte de lo preciso? Dale á aquel el mando y á este algo de riqueza, si quieres saber lo que son por esta parte. De hecho estos tres vicios se han notado frecuentemente en los que fueron elevados de humilde á alta fortuna, aunque ántes no diesen muestra alguna ni de estos ni de otros.

Por estas razones soy de sentir que nunca para la dignidad y empleo honroso sea preferido el humilde al noble, salvo que el exceso de aquel en la virtud sea muy grande. Pero en la milicia se debe dar excepcion á esta regla, porque la pericia y el valor, que son las prendas de suprema importancia en aquel ministerio, ni se pierden con el puesto, ni se contrahacen con la hipocresía. Por otra parte, estas dotes para el respeto y obediencia de los súbditos suplen bastantemente el resplandor del origen. Y en fin, un gran guerrero resarce á la república con ventajas el daño que le induce, plantando una nueva estirpe de nobles. Con que están removidos todos los cuatro inconvenientes señalados.

## ESPAÑOLES AMERICANOS.

## § I.

Una pluma destinada á impugnar errores comunes, nunca se empleará más bien que cuando la persuasion vulgar, que va á destruir, es perjudicial ó injuriosa á alguna república ó cúmulo de individuos, que hagan cuerpo considerable en ella. Así como es inclinacion de las almas más viles deteriorar la opinion del prójimo, es ocupacion dignísima de genios nobles defender su honor y desvanecer la calumnia.

Habiendo yo tocado en el segundo tomo, discurso xv, número 21, la opinion comun de que los criollos ó hijos de españoles que nacen en la América, así como les amanece más temprano que á los de acá el discurso, tambien pierden el uso de él más temprano, un caballero de ilustre sangre, de alta discrecion, de superior juicio, de inviolable veracidad y de una erudicion verdaderamente portentosa en todo género de noticias (entre tanto que no le nombro, no tendrá en este elogio que reprehender la prudencia ni que morder la envidia), me avisó que esta opinion comun debía comprenderse entre los errores comunes, proponiéndome tan concluyentes pruebas contra ella, que si añado algunas de mi reflexion, noticia y letura, será, no porque aquellas no sobren para el desengaño, sino para dar alguna extension al presente discurso, en el cual pretendo desterrar una opinion tan injuriosa á tantos españoles, algunos de alto mérito, que la transmigracion de sus padres ó abuelos hizo nacer debajo del cielo americano.

Ciertamente que esta materia da motivo para admirar la facilidad con que se introducen los errores populares y la tenacidad con que se mantienen, aún cuando son contrarios á las luces más evidentes. Que en un rincón del mundo, cual es el que yo habito y otros semejantes, donde apenas se ve jamás un español nacido en la América, reine la opinion de que en estos se anticipa la decrepidez á la edad decrepita, no hay que extrañar. Pero que en la córte misma, donde se ven y han visto siempre, desde casi dos siglos á esta parte, criollos que en la edad septuagenaria han mantenido cabal el juicio, subsista el mismo engaño, es cosa de grande admiracion. En este asunto no cabe otra prueba que la experiencia. Ésta está abiertamente declarada contra la comun opinion, como se verá luégo en los ejemplares que alegaré, eligiendo algunos más insignes y omitiendo muchos más que han llegado á mi noticia, y no logran igual lugar en la estimacion pública.

## § II.

Todos los que se siguen son criollos, nacidos en varias partes de la América.

Conocido fué de toda España el ilustrísimo señor don fray Antonio de Monroy, arzobispo de Santiago. Este piadoso, prudente y sabio prelado llegó á la edad nona-

genaria sin la menor decadencia en el juicio. A muchos sugetos que lograron la conversacion de su ilustrísima en los últimos años de su vida, ó celebrarla de docta, amena, discreta, dulce, elocente, y que cuando se tocaba en puntos de gobierno, cuantas máximas vería eran prudentísimas (algunas me refirieron), á que añadía el sainete de algun dicho ó suceso chistoso, con que ilustraba el asunto, deleitando juntamente el oído.

Poco há que murió en la córte, de ochenta y seis años, el señor don José de los Ríos, sirviendo hasta aquella edad su plaza de consejero de Hacienda, con la asistencia y conocimiento que si no tuviese más de cincuenta.

Hoy está en la misma córte el señor marqués de Villarocha, septuagenario, presidente que fué de Panamá, y há cuatro años que vino del mar del Sur por las Filipinas y el cabo de Buena Esperanza á Holanda. Es insigne matemático é instruido en toda buena literatura. Conserva en tan avanzada edad, no sólo una gran entereza y agilidad intelectual, mas tambien un humor muy fresco y una viveza graciosísima.

Hoy es virey de Méjico el señor marqués de Casa-Fuerte, cuya adelantada edad se puede colegir de que há cincuenta años que está sirviendo á su majestad en varios empleos políticos y militares. Este señor, bien lejos de ser notado de que los años le hayan deteriorado el juicio, está sumamente aplaudido por su cristiana y prudente conducta, de modo que es voz comun en Méjico, que no se vió hasta ahora gobierno como el suyo; y en medio de estar padeciendo continuamente, postrado en la cama, los rigores de la gota, incesantemente asiste al despacho.

En los últimos años del señor Carlos II, fué capitán general de la real armada don Pedro Corvete, sin que jamás descaeciese por los años, que eran muchos, de la entereza de genio y hermosura de espíritu que tuvo.

Hoy es inquisidor decano en Toledo el señor Ovalle, que pasa de sesenta años, sin que nadie haya notado ni podido notar menoscabo alguno en su prudencia y conocimiento.

En Lima reside don Pedro de Peralta y Barnuevo, catedrático de prima de matemáticas, ingeniero y cosmógrafo mayor de aquel reino, sugeto de quien no se puede hablar sin admiracion, porque apenas, ni aún apenas, se hallará en toda Europa hombre alguno de superiores talentos y erudicion. Sabe con perfeccion ocho lenguas, y en todas ocho versifica con notable elegancia. Tengo un librito, que poco há compuso, describiendo las honras del señor duque de Parma que se hicieron en Lima. Está bellamente escrito, y hay en él varios versos suyos, harto buenos, en latin, italiano y español. Es profundo matemático, en cuya facultad ó facultades logra altos créditos entre los eruditos de otras naciones, pues ha merecido que la academia real de las Ciencias de Paris estampase en su historia algunas observaciones de eclipses que ha remitido; y el padre Luis

Fevillee, doctísimo mínimo y miembro de aquella academia, en su *Diario*, que imprimió en tres tomos en cuarto, le celebra mucho. Lo mismo hace monsieur Frazier, ingeniero frances, en su *Viaje*, impreso. Es historiador consumado, tanto en lo antiguo como en lo moderno; de modo que, sin recurrir á más libros que los que tiene impresos en la biblioteca de su memoria, satisface prontamente á cuantas preguntas se le hacen en materia de historia. Sabe con perfeccion (aquella de que el presente estado de estas facultades es capaz) la filosofía, la química, la botánica, la anatomía y la medicina. Tiene hoy sesenta y ocho años ó algo más; en esta edad ejerce con sumo acierto, no sólo los empleos que hemos dicho arriba, mas tambien el de contador de cuentas y particiones de la real Audiencia y demas tribunales de la ciudad, á que añade la ocupacion de presidente de una academia de matemáticas y elocuencia, que formó á sus expensas. Una erudicion tan vasta es acompañada de una crítica exquisita, de un juicio exactísimo, de una agilidad y claridad en concebir y explicarse admirables. Todo este cúmulo de dotes excelentes resplandecen y tienen perfecto uso en la edad casi septuagenaria de este esclarecido criollo.

El famoso partidario don José Vallejo, y mi paisano el coronel don Nicolás de Castro Bolaño (á quien hizo gloriosa la infeliz empresa de Escocia de los años pasados, porque con solos quinientos hombres que comandaba en país extraño, sin esperanza de socorro y á vista de casi veinte mil de los enemigos, sacó las ventajas que fueron notorias, así en la amnistia general para los naturales que seguian nuestro partido, como en las condiciones de salir armados con banderas desplegadas, á son de cajas, con todos los pertrechos y municiones que habian desembarcado), pienso que haya arribado ya á la edad sexagenaria, sin que por eso deje de fiar su Majestad al primero el gobierno de Gerona, y al segundo el regimiento de infanteria de Santiago.

No sé á qué edad arriban el excelentísimo señor marqués del Surco, dignísimo ayo de su alteza el infante don Felipe, los señores don Nicolás Manrique y don José Munive, consejeros de Guerra, y el señor don Miguel Nuñez, consejero de Órdenes (de quien tengo especial noticia, por su riquísima y bien aprovechada biblioteca). Pero es cierto que si la edad no los constituye fuera de la cuestion, todos cuatro, y cada uno de por sí, hacen una gran prueba en el asunto. Como quiera, no serán inútiles para él los cuatro nombrados, porque hay muchos que anticipan áun á los cincuenta años la decrepidez de los criollos, y áun á algunos oí decir que á los cuarenta empiezan á vacilar.

A los españoles citados podremos agregar una ilustre francesa, porque la opinion de la anticipada decadencia del juicio no comprehende á solos los originarios de España, sino á todos los de Europa, que nacen en la América, y ya se ve que la razon, si hubiese alguna, respecto de todos seria una misma. Esta ilustre francesa es la famosa madama de Maintenon, criolla de la Martinica, cuya discrecion y capacidad se dió á conocer á todas las naciones por el especial aprecio que hizo de ella el gran Luis XIV. Es voz pública, que en los últimos años de este monarca llevó la direccion del gabinete, y es cons-

tante que estaba entónces en una edad muy avanzada, pues se habia casado con Pablo Scarron, su primer marido, el año de 1650, como refiere en sus *Memorias anecdóticas* monsieur de Segrais, que conoció bien y trató mucho á uno y otro consorte. Aun en caso que la voz de que ella era el primer móvil del gabinete fuese falsa, se infiere por lo ménos que en Paris, de donde dimanaba esta especie, conocian áun estar robusta y nada vacilante su capacidad.

Los ejemplares alegados son concluyentes en la materia que tratamos, especialmente si se observa que no son escogidos entre millares ni áun centenares de criollos sexagenarios, si sólo se propusieron aquellos que sus sobresalientes méritos y empleos hicieron ocurrir más presto á la memoria, en que tambien se tuvo la atencion de nombrar sugetos tan conocidos, que sea á todos fácil la comprobacion de que la edad no indujo en su juicio el menor detrimento.

## § III

Mas para no dejar duda alguna al más preocupado de la opinion comun, coronaremos la cuestion con un argumento de sumo peso, del cual usó poco há en Roma un docto religioso, convenciendo con él á un señor cardenal. Cónstame el hecho por testimonio de un caballero muy veraz, á quien el mismo religioso lo refirió.

Hallándose en Roma poco há el padre maestro fray Juan de Gazitua, dominicano, catedrático de Santo Tomás en la universidad de Lima, y uno de los sugetos más célebres de aquel reino, concurrió alguna vez con el señor cardenal de Belluga en la celda del señor cardenal Salleri, que era entónces maestro del sacro palacio. Ofreciéndose en la conversacion hablar de libros, dijo el padre Gazitua las grandes diligencias que hacia para encontrar algunos exquisitos, que nombró. Admirado el señor Belluga, le preguntó qué edad tenia, y el padre Gazitua le respondió, que cincuenta y siete años. A que con mayor admiracion replicó el cardenal si para solos tres años que podia lograr su uso se fatigaba tanto en la sollicitacion de aquellos libros. Medio asustado el padre, le preguntó al señor Belluga, qué revelacion tenia de que no habia de vivir más de tres años? «Ninguna, respondió el señor Belluga, ni yo lo digo porque vuestra reverendísima no pueda vivir mucho más, sino porque, como los indios, que más largamente conservan el uso del juicio, á los sesenta años le pierden, llegando á esa edad ya no le podrán servir á vuestra reverendísima los libros.—Asombrado estoy, ocurrió el sabio religioso, de oír á vuestra eminencia semejante proposicion, pues vuestra eminencia se ha hallado en donde se trató de la beatificacion de santo Toribio Mogrovejo y san Francisco Solano, y en las informaciones pudo y debió ver vuestra eminencia que la mayor parte de los testigos presentados y examinados eran hombres de letras, eclesiásticos, religiosos, abogados, y que raro era el que no pasaba de sesenta años. Vea vuestra eminencia si la Iglesia en un juicio tan serio y de tanta importancia se gobernaría por las deposiciones de fatuos ó decrepitos.» Convencido quedó, y áun corrido, el Cardenal, por constarle con evidencia ser verdad lo que el padre decia, co-

mo tambien el que los testigos alegados eran originarios de España, nacidos en la América; con que no habia qué responder al argumento.

## § IV.

Sucedió en este caso lo mismo que yo me lastimo de que sucede en otros muchos. No faltan luces bien claras para desengañar á los hombres de mil envejecidos errores; sólo falta reflexion para usar de ellas. No sé qué nieblas echa la preocupacion sobre los ojos del entendimiento para que no vea, por cercano que le tenga, el desengaño. No hay duda que á veces (y así sucedió en el caso propuesto) es una mera falta de ocurrencia de la especie ó noticia que habia de dar conocimiento de la verdad. Pero la experiencia me ha mostrado que en los más de los hombres reina una mala disposicion intelectual, por la cual las opiniones comunes son para ellos como un velo que oculta las verdades más evidentes.

Lo más es, que esta mala disposicion intelectual se halle tal vez en hombres por otra parte discretos y agudos. Propondré un ejemplo harto notable en comprobacion de esta máxima. Lactancio Firmiano, que sin duda fué un grande hombre, muy docto, muy agudo y sobre todo muy elocuente, por cuya razon se le dió el epíteto de *Ciceron de la Iglesia*; Lactancio, digo, en el libro tercero de las *Divinas instituciones*, capítulo xxiv, tratando de si hay antípodas, no sólo las niega existentes, que eso no seria mucho, mas tambien posibles. Esto es mucho errar. Lo peor es, que la razon en que se funda es únicamente aquella que sólo hace fuerza á los niños y á los hombres del campo; esto es, considerar á los antípodas como péndulos en el aire, piés arriba y cabeza abajo, que, por consiguiente, no podrian firmarse en la tierra, ántes necesariamente caerian precipitados por las regiones aéreas. Estribando en un fundamento tan vano y tan erróneo (que es lo mismo que ninguno), insulta y desprecia á algunos antiguos filósofos que creyeron la existencia ó posibilidad de los antípodas, como si defendiesen la más ridícula paradoja. Lo más es, que se propone á sí mismo el argumento con que los contrarios evidentemente prueban que es error pensar que los antípodas caerian precipitados; conviene á saber, que esa caída es imposible, pues si cayesen, caerian hácia el cielo, el cual por todas partes circunda la tierra, y eso no seria caer, sino subir, pues así el cielo como el aire que rodea el globo terráqueo, están más altos que éste. ¿Qué mayor quimera que decir que caerian hácia arriba? El que cae, con el movimiento mismo de la caída baja, acercándose más al centro de la tierra; luego es una implicacion manifiesta discurrir que caerian apartándose del centro de la tierra y acercándose más al cielo. De aquí se sigue evidentemente que los antípodas tan firmes pisarian (y de hecho sucede así) la superficie de la tierra como nosotros. Propónese, digo, este concluyente argumento Lactancio, y ¿qué responde á él? Nada. ¿Hace por responder? Tampoco. ¿Dase por convencido? Nada ménos. Pues ¿qué hace? Pasa adelante, firme en su opinion, haciendo burla de los contrarios y del argumento con que la prueban. Nótese estas palabras suyas, que están inmediatas al argumento propuesto: «No

sé qué me diga de estos filósofos que, habiendo empezado á errar, constantemente perseveran en su necedad, y con razones vanas defienden opiniones vanas, sino que juzgo que á veces se ponen á filosofar por chanza, y voluntariamente se empeñan en defender mentiras por ostentacion de ingenio.»

Hasta aquí puede llegar la tiránica invencible fuerza de la preocupacion. En tiempo de Lactancio era universal la opinion de que no habia antípodas, y frecuentísima la de que no podia haberlos, porque no se habia hecho atenta reflexion sobre la materia. Persuadido de la comun opinion Lactancio, ó por mejor decir, cegado por ella, aunque asistido de luces muy superiores á las del vulgo, por no usar de ellas, cree lo mismo que el vulgo. Tiene delante de los ojos la verdad, y no la ve; pegada á la mano, y no la toca; háblale al oído, y no la escucha.

¡Oh, cuántas veces han practicado conmigo hombres de alguna doctrina lo mismo que Lactancio con aquellos antiguos filósofos! ¡Oh, cuántas veces se me ha dicho que no hablaba de veras! ¡Cuántas que introducía novedades contra mi propio sentir, á fin de ostentar ingenio! ¡Cuántas que defendía paradojas ridículas! Estos mismos veian mis razones, y veian que no podia darles solucion competente. Todo era recurrir, ó á alguna falsa escapatoria, ó al asilo vulgar de que ántes se debia creer á tantos y tales hombres doctos, que á mí. ¿Qué era esto, sino que la tiranía de la preocupacion tenia puesto en cadenas su entendimiento?

## § V.

Vuelvo ya á los españoles americanos, de los cuales me restan que decir dos cosas. La primera, que no ménos es falso que en ellos amanezca más temprano que en los europeos el discurso, que el que se pierda ántes de la edad correspondiente. Yo me he informado exactamente sobre esta materia, y descubierto el origen de este error. Sábese que en la América, por lo comun, á los doce años, y muchas veces ántes, acaban de estudiar los niños la gramática y retórica, y á proporcion en años, muy jóvenes se gradúan en las facultades mayores. De aquí se ha inferido la anticipacion de su discurso; siendo así que este adelantamiento se debe únicamente al mayor cuidado que hay en su instruccion y mayor trabajo á que los obligan, y proporcionalmente en los estudios mayores sucede lo mismo. Acostúbrase por allá poner á estudiar los niños en una edad muy tierna. Lo regular es comenzar á estudiar gramática á los seis años, de suerte que á un mismo tiempo están aprendiendo á escribir y estudiando, de que depende que por la mayor parte son malos plumarios, siendo el mayor conato de los padres que se adelanten en los estudios; por cuyo motivo los precisan á una aceleracion algo violenta en la gramática, no dejándoles tiempo, no sólo para travesear, mas ni áun casi para respirar.

De este modo, no es maravilla que á los doce años, y mucho ántes, empiecen á estudiar facultades mayores. Éstas se estudian por los seculares en colegios, de los cuales, los de fundacion real están á cuenta de los padres de la Compañía. No escriben curso alguno, sino que estudian algún impreso, pero no á su arbitrio, porque á

cada colegial graduado se le señala cierto número de discípulos, á quienes explica todos los días lo que han de estudiar y tomarles juntamente la lección como en la gramática, castigando á los que no cumplen, sin exceptuar la vapulacion, que es el castigo ordinario de los imberbes. Estudian lo que estudiaren, mientras son cursantes sólo el domingo pueden salir, despues de haber estudiado hasta las nueve del día; pero áun esto no se permite si las lecciones de la semana no han sido buenas, en cuyo caso todo el día de domingo se les precisa á estudiar. A la noche siempre se recogen á las seis, y hay su hora de conferencia ántes de cenar, tanto los días festivos como los feriados. Juntas todas las vacaciones que hay entre año, sólo componen un mes; por lo cual, en dos años solos absuelven toda la filosofía; pero, echada la cuenta segun la práctica de las universidades de España, que en cada año tienen cada seis meses de vacacion, mayor porcion de tiempo dan al estudio de la filosofía allá que acá. Y si se hace cómputo del exceso en el número de horas que estudian cada día, y de lo que se añade en los días de fiesta, sale el tiempo más que duplicado.

Lo mismo se hace en las demas facultades respectivamente; con que, bien mirado todo, el aprovechamiento anticipado de los criollos en ellas no se debe á la anticipacion de su capacidad, si á la anticipacion de estudio y continúa aplicacion á él. Si en España se practicára el mismo método, es de creer que á los veinte años se verian por acá doctores graduados *in utroque*, como en la América

## § VI.

Esta continuada tarea de la juventud produce otra insigne utilidad, y es, que ocupada sin intermision, y fatigada con el estudio aquella edad en que, como primavera de la vida, brotan las inclinaciones viciosas, se mantiene incorrupta, hasta que llega otra en que empieza á minorarse la fuerza de las pasiones, y crece la del juicio, para tenerles tirante la rienda.

*¡Heu, quantum hæc Niobe Niobe distabat ab illa!*

En nuestras universidades, bien léjos de marchitarse en los cursantes la viciosa fecundidad de las pasiones, se cultivan infelizmente en los intervalos del estudio y brotan furiosamente ántes de tiempo; de modo que vuelven á las casas de sus padres aquellos jóvenes mucho peores que salieron de ellas, y á tanto cuanto que ayude una siniestra índole, al acabar sus cursos son mejores galanteadores y espadachines que filósofos.

## § VII.

Bien sé que muchos autores celebran, no sólo como iguales á los europeos, mas como excelentes, los ingenios de los criollos. Tales son el padre fray Juan de Torquemada, en su *Monarquía indiana*; Garcilaso de la Vega, en sus *Comentarios reales de los incas*; el señor don Lucas Fernandez Piedrahita, obispo de Panamá, en su *Historia del nuevo reino de Granada*; el padre Alonso de Ovalle, en su *Historia de Chile*; don José de Oviedo y Baños, en su *Historia de Venezuela*; el padre Manuel Rodríguez, en su *Historia del Marañon*. Todos es-

tos autores hablan de experiencia, porque vivieron en aquellos países cuyas historias escribieron. A que podemos añadir Bartolomé Leonardo de Argensola, en su *Historia de la conquista de las Molucas*, y el eminentísimo señor cardenal Cienfuegos, en la *Vida*, que escribió, *de san Francisco de Borja*, donde, con la ocasion de haber sido el Santo autor de la *Fundacion de las provincias de la Compañía del Perú y Nueva-España*, llena dos capítulos enteros con elogios grandes de los ingenios de aquellos reinos. Y aunque estos dos últimos autores no salieron de Europa, no dejan de hacer mucha fe, porque el primero escribió de orden del Consejo, y así se le franquearon los instrumentos auténticos y relaciones jurídicas de que necesitaba su historia. El segundo se debe creer, que, segun el estilo de la Compañía, escribió sobre memorias remitidas por los padres que residen en la América.

Por la misma razon no se debe omitir el testimonio del discretísimo jesuita frances el padre Jacobo Vanière, quien, en el libro vi de su excelente poema intitulado *Prædium rusticum*, ponderando la riqueza y fertilidad del territorio de Lima, añade, que áun es más rico y fértil de ingenios y genios excelentes:

*Fertilibus gens dives agris, aurique metallo,  
Ditior ingenis hominum est, animique benigna  
Indole.*

Digo que no ignoro todo esto, ántes puedo añadir algunas observaciones mías que lo confirman. Las principales son las siguientes. Echando los ojos por los hombres eruditos que ha tenido nuestra España de dos siglos á esta parte, no encuentro alguno de igual universalidad á la de don Pedro Peralta, de quien se habló arriba. Puse la limitacion «de dos siglos á esta parte», para exceptuar á aquel Fernando de Córdoba, de quien damos noticia en el discurso sobre las glorias de España. Si discurremos por las mujeres sábias y agudas, sin ofensa de alguna, se puede asegurar que ninguna dió tan altas muestras, que saliesen á la luz pública, como la famosa monja de Méjico sor Juana Inés de la Cruz. Estando yo estudiando teología en Salamanca, fué á graduarse á aquella universidad (no sé si en la facultad civil ó la canónica) el señor don Gabriel Ordoñez, que despues fué lectoral de Cuenca. Tenía entónces, segun oí decir, de veinte y dos á veinte y cuatro años, y acababa de llegar de Indias. Fué voz pública en toda la ciudad de Salamanca, que habiendo tomado puntos para el exámen de la capilla de Santa Bárbara, se le observó no haber tenido más de una hora de recogimiento por toda prevencion para aquel arduísimo acto, que quien sabe lo que es, no podrá ménos de asombrarse. En teología, filosofía natural, moral y medicina es mucho más fácil, y no dudo que haya bastantes sugetos en España que lo hagan, mas en jurisprudencia no tengo noticia de alguno que se haya atrevido á tanto. De hecho, en Salamanca, donde nunca faltan grandes legistas, y entónces los habia insignes, especialmente los catedráticos don Pedro Samaniego y don José de la Serna, fué general la admiracion del hecho.

Otro insigne ejemplar estuve para omitir, porque vive y está muy cerca; circunstancias que ocasionan en los que leen con alguna mala disposicion mis escritos, una

siniestra interpretacion de los elogios que hallan en ellos. Mas al fin me determinó un motivo que juzgué debía preponderar á aquel estorbo. Cosa vergonzosa es para nuestra nacion que no sean conocidos en ella aquellos hijos suyos, que por sus esclarecidas prendas son celebrados en otras. Esta consideracion cooperó á extenderme arriba en el elogio de don Pedro Peralta, y esta misma me induce ahora á dar noticia de otro ilustre caballero, no inferior á aquel en las dotes intelectuales. Este es don José Pardo de Figueroa, natural de la ciudad de Lima, sobrino del excelentísimo señor marqués de Casa-Fuerte, al presente virey de Méjico, y primo del señor marqués de Figueroa. Debí la primera noticia que tuve de este caballero al padre Jacobo Vanière, que le celebra en el poema citado arriba, y que excitó mi curiosidad, para informarme más menudamente de su persona y prendas; diligencia que me produjo la felicidad de entablar amistad y correspondencia epistolar con él. El poema *Prædium rusticum* del padre Vanière corre con sumo aplauso por toda Europa. Cosa vergonzosa, vuelvo á decir, sería que en aquel libro vean las demas naciones elogiado á este caballero, y sea ignorado en la nuestra. El aprecio que hace de él el sabio jesuita es tan alto, que le propone como ejemplar bastante por sí sólo para acreditar de excelentísimos los ingenios de Lima. Yo, despues que le he comunicado, no sólo puedo subscribir á aquel elogio, pero darle más dilatada extension, por la admirable universalidad de noticias que me representan sus cartas en todo género de materias, acompañada de delicado discurso, elocuente estilo, crítica exacta, juicio profundo; dotes, que siendo por sí solas tan estimables, las eleva al supremo valor una singularísima modestia, que resplandece en cuanto escribe, y no dudo que sucede lo mismo en cuanto dice y hace. Las cartas con que me ha favorecido, que son muchas y muy largas, conservo como un gran tesoro de todo género de erudicion, y para testimonio público de mi agradecimiento, confieso y protesto aquí, que me han dado mucha luz en orden á algunas materias que toco en este tomo, por lo que, áun prescindiendo de los impulsos de la amistad, basta á empeñarme en la continuacion de la correspondencia el noble interes de la instruccion. *Mirificum hoc habeo bonum* (son palabras del divino Platon, con que quiero lisonjearme, aplicándoles aquí á mi genio) *quod sine rubore verecundiæ ad discendum me præparo. Rogo autem, aut sciscitor, gratiamque ingentem habeo respondententi, nec ulli unquam ingratus extiti, nec apud auditores unquam vendicavi mihi aliorum inventa, sed docentem laudibus semper extollo, illique apud omnes, quæ sua sunt, tribuo.* (PLATO, in *Hippia minori*.)

## § VIII.

En caso que por los ejemplares y testimonios alegados demos asenso á que los españoles americanos exceden en comprehension y agilidad intelectual á los europeos, podrá atribuirse en parte á esta ventaja su rápido progreso en los estudios. Pero esto no prueba que el uso de su discurso se anticipe á la edad en que regularmente da sus primeros pasos el nuestro. El ser la capacidad

más ó ménos profunda, clara, pronta, extendida ó sublime, no tiene conexion alguna con que sus primeros rayos se descubran ántes ú despues del término comun. No es preciso que para el día más claro la aurora amanezca más presto. ¿Y cuántas veces entre árboles de una misma especie se observó que algunos más tardíos producen frutos más sazonados?

Es así que esto en ningun modo favorece el error comun de la anticipacion del ingenio de los criollos. Pero indirectamente se opone al otro error comun de la temprana corrupcion. Entre los autores arriba alegados, que elogian la habilidad de los españoles indios, ninguno les pone esta limitacion; prueba de que no la tienen, pues escribiendo, no como panegiristas, sino como historiadores, no debieran callarla; y cuando permitamos que á uno ú otro movió la pluma el aire de la lisonja, no puede sin injuria discurrirse esto de todos, especialmente cuando la veracidad de los que hemos citado está tan acreditada entre los eruditos.

## § IX.

De intento he reservado para la conclusion de este discurso la deposicion de otro autor que califica la excelencia de los ingenios americanos, porque juntamente nos manifiesta el origen que tuvo el error comun de su corta duracion. Este es don Antonio Peralta Castañeda, doctor teólogo de la universidad de Alcalá, canónigo magistral de la Puebla de los Angeles y catedrático de prima de sus reales estudios, cuyas palabras transcribiré como se hallan en el prólogo de su *Historia de Tobias*, impresa el año de 1667.

«Está entendido (dice) en este hemisferio que se miran en la Europa con poco aprecio sus obras porque tienen poco crédito sus letras; y en esto, como en otras muchas cosas, están ofendidos sus sugetos. De la escuela de Alcalá soy discípulo, y aunque no se me luzca en los progresos, para conocer sus estilos y poder compararlos con otros, poca maestría ha menester quien llegó allí á graduarse en todos grados de filosofía y teología; y sin comparar esto con aquello, puedo asegurar que comúnmente hay en este reino, en menor concurso, más estudiantes adelantados, y que en algunos he visto lo que nunca vi en iguales obligaciones en España; y no refiero singulares, porque no se tenga á pasion referir prodigios. Todo lo he dicho por llegar á desagaviar este reino de una calumnia que padece con los que saben que se mozos son prodigiosos los sugetos, pero creen que se exhalan sus capacidades y se hallan defectuosas en los progresos. Pobres de ellos, que los más vacilan de la necesidad, desmayan de falta de premios y áun de ocupaciones, y mueren de olvidados, que es el más mortal achaque del que estudia.» Prosigue individuando los estorbos que tienen en aquellas regiones los sugetos para hacer fortuna por la carrera de las letras; de que se origina, que los más, ó abandonándolas del todo, ó tratándolas con ménos cuidado, busquen la facultad de subsistir por otros rumbos. Esto ha ocasionado el error comun que impugnamos, interpretándose á decadencia de la capacidad lo que es abandono de la aplicacion. Vuelve despues á ponderar los ingenios de aquel país con estas

voces: «Yo he hallado mucho que admirar siempre en cualesquiera ejercicios á que he asistido, escolásticos, de púlpito y otros, y he habido menester tanta atencion para que no me hallase con descuido la viveza de mis discípulos, como para que no me derribasen los mayores maestros de Alcalá; bien que esto no era caída, y aquello fuera desaire.»

Nótese que este autor habia nacido en España y estudiado en Alcalá. Así, no se debe reputar interesado, ni

en lo que elogia á los ingenios de la América, ni en la apología que hace por ellos contra el error comun de su pronta disipacion. Podrá decirse que, ejerciendo allí el magisterio de la cátedra, el amor de los discípulos le inclinaba á favor de los ingenios de aquel país. Pero es fácil reponer que, cuando más, esta pasion, contrapeando la que tenía por su patria y por la escuela donde habia estudiado, dejaria su pluma en equilibrio para seguir el dictámen de la razon.

## REFLEXIONES SOBRE LA HISTORIA.

### § I.

En órden á la historia hay el mismo error en el vulgo que en órden á la jurisprudencia; quiero decir, que estas dos facultades dependen únicamente de aplicacion y memoria. Créese comunmente que un gran juriscónsul se hace con mandar á la memoria muchos textos, y un gran historiador leyendo y reteniendo muchas noticias. Yo no dudo que si se habla de sabios de conversacion é historiadores de corrillo, no es menester otra cosa. Mas, para ser historiador de pluma, ¡oh santo Dios! sólo las plumas del fénix pueden servir para escribir una historia. Dijo bien el discretísimo y doctísimo arzobispo de Cambray, el señor Salinac, escribiendo á la Academia Francesa sobre este asunto, que «un excelente historiador es acaso áun más raro que un gran poeta».

De hecho, los críticos no han sido tan difíciles de contentar de parte de la poesía como de parte de la historia. Exceptuando uno ú otro exquisitamente melindroso, todos convienen en que fueron excelentísimos poetas y sin defecto alguno, por lo ménos notable, un Homero, un Virgilio, un Horacio; y á Ovidio, Catulo y Propertio concederian la misma gloria, si la lasciva impureza de sus expresiones no empañara el tersísimo lustre de sus versos. Pero en los historiadores, ¡oh qué difícil y severa se muestra la crítica, áun cuando examina los más sobresalientes! El mismo prelado que acabamos de citar nota la falta de unidad y órden en Heródoto, juzga á Jenofonte más novelista que historiador, y es dictámen comun, que, en su *Historia de Ciro*, no tanto miró á referir los verdaderos hechos de este príncipe, como á dibujar con colores mentidos un príncipe perfecto. Concede á Polibio el razonar admirablemente en lo político y militar, pero dice que razona demasiado. Celebra las bellas arengas de Tucídides y Tito Livio, pero las culpa por muchas y por obras de su invencion, no de aquellos en cuyas cabezas las ponen. Culpa á Salustio que en dos historias muy cortas introdujese tanta pintura de personas y costumbres. En Tácito reprehende la brevedad afectada y la audacia de discurrir las causas políticas de todos los sucesos; defecto que asimismo reconoce en Enrico Caterino.

En estos mismos grandes historiadores encuentran

otros críticos otras faltas. Plutarco notó á Heródoto de invidio y maligno contra la Grecia; el que mezcló muchas fábulas, es dictámen comun, en tanto grado, que hay quien, en vez del magnífico atributo de padre de la historia, le da el de padre de la fábula. Dionisio Halicarnaseo niega esplendor y majestad al estilo de Jenofonte, añadiendo, que si tal vez quiere elevar la elocucion, al punto, no pudiendo sostenerse, desmaya. Vosio nota la incuria del estilo en Polibio, y el padre Rapin, el que frecuentemente rompe con reflexiones morales el hilo de la narracion. El mismo Vosio acusa de duro y lleno de hipérbaton el estilo de Tucídides. Erasmo halló algunas contradicciones en Tito Livio. Asinio Pollion notó el genio de la locucion patavina en su estilo romano. Muchos, y con razon, le culpan tanto amontonar de prodigios. A Salustio llamó Aulo Gelio *innovador de voces*, y el ilustrísimo Cano le reprehende de que dejó torcer algo la pluma hácia donde la llevaban sus propios afectos, como se ve en haber llamado algunas cosas gloriosas de Ciceron, porque no estaba bien con él. A Carlos Sigonio pareció áspera la elocucion de Tácito, y el padre Causino vino á decir lo mismo con otras voces. Pedro Baile convenció de contrarias á la verdad tal cual narracion de Enrico Caterino.

¿Quién, á vista de esto, tomará la pluma sin temblarle la mano para escribir una historia? ¿Quién, viendo censurados estos supremos historiadores, se juzgará exento de censura?

### § II.

Pero aún es más digno de consideracion lo que sucedió á Quinto Curcio. Pareció la *Historia de Alejandro* de este autor poco más há de tres siglos, hallándose su manuscrito en la biblioteca de San Víctor. Aun no se sabe con certeza quién fué este Quinto Curcio, ni en qué tiempo vivió. Unos le creen contemporáneo de Augusto, otros de Claudio, otros de Vespasiano, otros de Trajano, segun aprenden su estilo más ó ménos conforme á la antigua pureza latina. Y no faltan quienes juzgen que no hubo tal Quinto Curcio, sino que éste es nombre supuesto, debajo del cual se escondió algun autor moderno por conciliar mayor estimacion á su historia con el nombre antiguo romano, adelantándose algunos á apro-

priar esta obra al Petrarca. Uno de los fundamentos, y el más fuerte, para esta conjetura, es no hallarse citado Quinto Curcio por algun autor de cuantos hubo por espacio de mil y cuatrocientos años contados desde Augusto. Sin embargo, á otros hace más fuerza la pureza del estilo, pareciéndoles que há más de mil y quinientos años que no hubo autor que escribiese tan bien el idioma latino; y así, están firmes en que el escritor de esta historia es coetáneo á alguno de los primeros césares. Sea lo que fuere en órden á esto, la historia que anda con el nombre de Quinto Curcio estuvo recibiendo continuos elogios por espacio de tres siglos, sin que nadie hiciese memoria de ella sino para aplaudirla, hasta que poco há cayó en las manos de un crítico moderno, que, aplicándose á examinarla con especial cuidado, la halló llena de defectos substanciales.

Éste fué el famoso Juan Clérigo, que ingiriendo al fin del segundo tomo de su *Arte crítica* una dilatada censura de Quinto Curcio, le acusó, y probó la acusacion, sobre los capitulos siguientes: que fué muy ignorante de la astronomía y geografía; que por acumular en su historia cosas admirables, escribió muchas fábulas; que describió mal algunas cosas; que cayó en contradicciones manifiestas; que escribió algunas cosas inútiles, omitiendo otras necesarias; que por ostentar su elocucion, cayó en la impropiedad de poner excelentísimas arengas en la boca de hombres nada retóricos; que dió nombres griegos á los rios remotísimos de la Asia; que omitió la circunstancia del tiempo en la relacion de los sucesos; que tomó un género de estilo más propio de un declamador ú orador que de un historiador; que fué, en fin, más panegirista que historiador de Alejandro, celebrando su damnable ambicion como si fuese heroica virtud.

Verdaderamente son muchos defectos estos, no sólo para un historiador de los supremos créditos de Curcio, mas áun para un escritor de mediana clase. Mas ¿qué hemos de inferir de aquí? O que la crítica se propasó en la censura, ó que es sumamente arduo escribir, exenta de muchos defectos, una historia. Pero pareciéndome á mí que la acusacion de aquel crítico está bien probada en todas sus partes, me aplico á sentir que el genio más elevado, si se aplica al ejercicio de historiador, no está libre de caer en considerables defectos; para cuyo intento he traído el ejemplo de Quinto Curcio.

### § III.

Yo creo que á los más excelentes escritos les sucede lo mismo que á los hombres grandes, que parecen mucho menores en el trato próximo y frecuente. No hay cosa alguna del todo perfecta; pero á primera vista, ó á una proporcionada distancia, el resplandor de la excelencia esconde los defectos, los cuales despues se descubren, ó á mayor cercanía ó á más atento exámen.

Tambien es cierto que los genios elevados están más expuestos á algunos defectos que los medianos. Aquellos, conducidos, ú de la viveza de la imaginacion, ú de la valentía del espíritu, suelen no reparar en algunos requisitos que escrupulosamente observan los ingenios de más baja clase. Más fácilmente harán un escrito per-

F.

fectamente regular éstos que aquellos. Éstos no caen, porque no se remontan. Caminan siempre debajo de las reglas. Siguen una senda humilde, que no pierde de vista los preceptos. Aquellos, dejándose arrebatados con vuelo generoso á mayor altura, suelen no ver lo que, por más bajo, está más distante. Tal vez es más perfeccion apartarse de las reglas, porque se sigue rumbo superior á los preceptos ordinarios.

Mas no es éste el caso en que estamos, ni por lo que mira á los defectos de Quinto Curcio, ni en órden á los peligros de la historia. Yo tendré por un fénix, no á quien evite todo género de faltas, que eso me parece imposible, sino á quien no incida en alguna ó algunas de las más notables. Quien advirtiere bien la multitud de tropezos que se ofrecen en el curso de una historia, no dejará de sentir conmigo.

### § IV.

Empezando por el estilo, que parece lo más fácil, ¡oh qué arduo es tomar aquel medio preciso que se necesita para la historia! Ni ha de ser vulgar ni poético. Aun si el escritor quiere contentarse solamente con huir de estos dos extremos, sin mucha dificultad lo logrará, especialmente si es de aquellos, como hay muchos, que están hechos á un mediano estilo, que ni se roza con la plebe ni con las musas, igualmente distante del grazuido de los cuervos que del canto de los cisnes. Mas contentándose con esto, deja la narracion sin gracia y la historia sin atractivo. Este medio no es reprehensible, pero es insípido. Algunos de los que se meten á historiadores, áun no llegan aquí, y son muy pocos los que pueden pasar de aquí. Esos pocos tienen muchos riesgos que evitar, y es sumamente difícil no incidir tal vez en uno ú otro. La afectacion es el más ordinario y tambien el peor. Méenos me disuena la locucion bárbara que la afectada, como parece ménos mal una villana vestida con sus ordinarios trapos que la que se llena toda de mal colocados dijes. Aquella se viste á lo humilde; ésta se adorna á lo ridiculo. Cuanto no es natural en el estilo, es despreciable. Los mismos colores, que siendo naturales, en un rostro lisonjean la vista, cuando se percibe que son imitados con ingredientes añadidos, mueven á asco.

Al lado del riesgo de la afectacion en el estilo anda otro riesgo, que es el que parezca al lector afectacion la que no lo es. Algunos juzgan tan crasamente en esta materia, que piensan que para nadie es natural lo que no es natural para ellos. Tal vez la envidia hace decir al hablador grosero que es estilo afectado el que no juzga tal; á manera de la mal condicionada dama, que, por tener mal colorido, levanta á otras de mejores colores, que todo es á fuerza de afeites. Mas al fin, los riesgos que tiene un escritor de parte de la ignorancia ó envidia de los lectores son inevitables. Si se atendiese á esto, sólo los ignorantes y rudos tomarian la pluma en la mano. Conténtese el que merece algun aplauso con que lo merece, y con que no faltan quienes hagan justicia á su mérito. Ni pretenda otro castigo al envidioso que el que él mismo padece, pues nadie puede darle pena más cruel que la que le da su propia pasion rabiosa, mordiéndole continuamente el corazon.